

UN DÍA SUBIRÁN LAS AGUAS HASTA EL TEJADO DE LAS CASUCAS Y HABRÁ DESAPARECIDO EL PUEBLO

Los grandes dramas nacionales.

El pantano del Ebro y la tristeza del campo.

El río.

EL padre Ebro tiene un nacimiento humilde, en un pueblecito de Campóo. Se llega allí por una carretera amplia y soleada, sobre la que se recortan las siluetas fuertemente verticales de unos centenares de álamos. El camino es propicio a la meditación y el recreo. La paz del campo de que nos hablaron siempre los poetas y algunos santos varones está allí de manifiesto más que en sitio alguno. Las bajas montañas, de curvas suaves y color pardo, como el hábito de los hijos de Francisco de Asís; las praderías jugosas, donde las vacas pintas, de macizas ubres, saborean la fresca hierba; los arroyos rumbosos y el viento dulce, que toca siempre su sonata leve entre las arboledas, son delicias espirituales, de las que gozaría cualquier alma, por poco dispuesta que estuviera a estas misérrimas caricias campestres.

Pues en tal paraje, en el recodo de un pueblo que le llaman Foubibre, rico en aguas milagrosas, que curan el mal de hígado, está el nacimiento del padre Ebro. Nadie diría que aquel lecho de piedras redondas y lamidas durante centenares de años por la misma agua clara y transparente, que deja ver los pececillos del fondo, es el manantial del río más hermoso que corre por el suelo de España. Los viajeros, que

acuden de todos lados para ver el milagro, se sorprenden, y se llevan fotografías, en las que se ve un tosco y pequeño monolito que el Ayuntamiento mandó hacer para que nadie que pase por allí desconozca el sitio sagrado.

Manan las aguas mansamente, casi sin que se vea su incesante brotar copioso, como si quisieran pasar inadvertidas en aquella cuenca, no más grande de ocho varas en cuadro, de la cual desbordan, cuando aún no alcanzan la altura de veinte centímetros, para emprender su ruta hacia la Cataluña a través de valles luminosos de la parte alta de la Montaña y de Burgos, y lamiendo luego tierras de Rioja y de Aragón, sedientas de agua clara y fresca, que se beben los terrones ansiosamente.

En cuanto el río avanza doscientos metros, cantarín y juguetón como un arroyuelo, se ensancha con un regatuco, que le acompaña hasta Saleces, donde ya pasa dando saltos sobre las peñas, sirviendo de espejo a la espadaña de la iglesia y a unos sauces llorones, que le miran con asombro en la orilla de un campo de maíz. Y un poco más lejos, apenas a tres kilómetros de su salida, ya entra en Nestares, con sus tres metros de anchura, y mueve un molino, y hasta ha habido que colocar un puente de Nacimiento para salvarle junto a las tapias de una heredad.

En seguida se cuele en Reinoso por un campo ancho y verde, donde juegan los niños de una escuela, y se queda quieto en cierto embalse de una fábrica de harinas, cuyos molinos mueve bravamente en cuanto abren la compuerta, con grave susto de los patos, que nunca se acostumbran a aquella brusquedad del agua mansa.

Ya va el río libre al abrirle la esclusa harinera, y se cuele por debajo de un paseo que hace ángulo con la calle Mayor, y se uné un poco más arriba, sin salir de la ciudad, con el Hijar, que viene por los terrenos de la Constructora casi seco cuando no es la época de las grandes nieves, que en llegando éstas se hace caudaloso y amenazador, y hasta se desborda por la vega, poniendo el espanto entre las familias obreras que moran en las casuca de la margen de acá, amenazadas de inundarse y hundirse.

El paisaje.

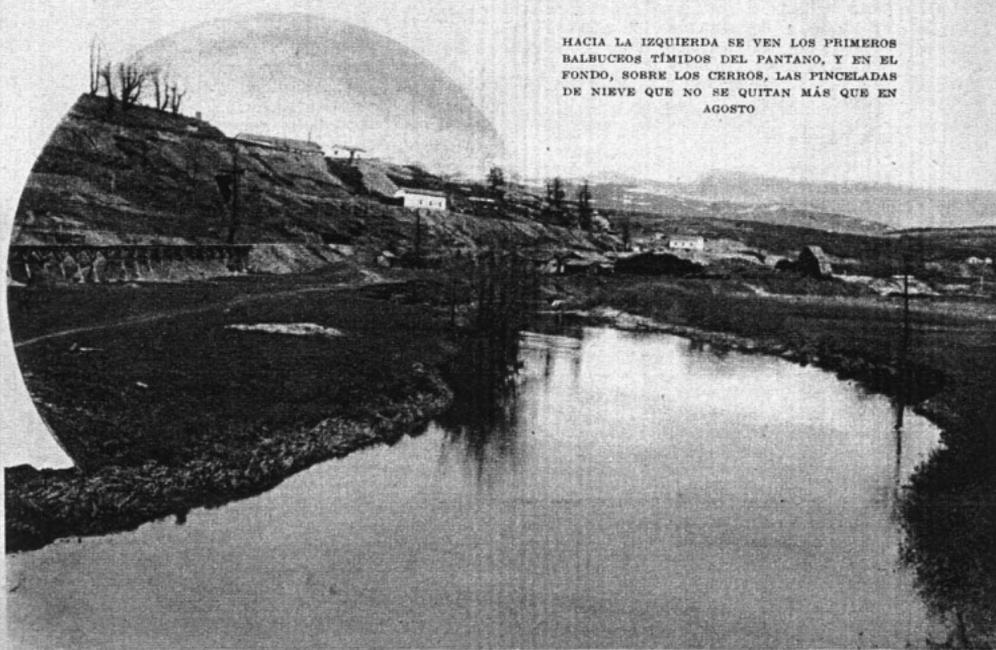
Reinoso es alegre y placentera. Antes, cuando todavía no conocía a la masa proletaria, era labradora, y ahorrativa, y devota. Las muchachas tardaban muchos años en casarse, y se aburrían enormemente paseando sus ansias de enamorada por la acera de la plaza Mayor y por el paseo de Cupido. Pero llegó el ejército obreril al levantarse la Naval, y la ciudad trocó su aspecto ascético por el de pueblo derrochador. Hubo *cabarets* con cupletistas de desecho, y hasta sus tertulias en los altos de los cafés, donde los ganaderos que venían a la feria se iban para casa sin el dinero

y pensando en aquel caballo que llegó tan inoportunamente, en el momento en que ya se apuntaba la sota de espadas, que hubie-ra duplicado su caudal. Pues por detrás de esta ciudad corre el río, que al llegar a Vista Alegre se arremansa en un lavadero, desde donde se le ve saltar sobre una presa para echar a correr hacia el campo abierto, que comienza, en las afueras de la población, en una alfombra verde, llena de margaritas en primavera y verano y cubierta de blanco en el invierno. Allí, a la vera del Ebro, que se aquieta y se extiende en anchura como un pequeño lago de aguas mansas y claras, van las señoras de Reinoso a hacer labor y a leer novelas, mientras las lagartas corren por entre las peñas del caminuco paralelo al río para esconderse entre los juncos de la orilla cuando los niños las persiguen. El paisaje es hondo, y limpio, y amplio. Las montañas, como jorobas de la tierra fecunda, cierran el paso del río con toboganes que se pierden en el infinito hacia la llanada de Corconte. Hay molinos harineros, y patos silvestres, y truchas, que saltan como puñales de plata que se clavan en la linfa.

Y los pueblecitos aldeanos—La Magdalena, Las Rozas, Medianedo, Bimón—se espargen, sin alejarse mucho unos de otros, como si quisieran que las campanas de sus iglesias, al tocar a misa de alba, se respondieran como buenas amigas.

A la izquierda se alzan algunas casas de Requejo—pinceladas blancas en el cuadro verde de la pradera—, sentadas sobre el camino carretero, y que serán las únicas, con el Via Crucis, que corre a lo largo

HACIA LA IZQUIERDA SE VEN LOS PRIMEROS BALBUCCOS TÍMIDOS DEL PANTANO, Y EN EL FONDO, SOBRE LOS CERROS, LAS PINCELADAS DE NIEVE QUE NO SE QUITAN MÁS QUE EN AGOSTO





HOMBRES Y MUJERES QUE NUNCA SALIERON DEL TERRUÑO NATAL Y QUE NO TIENEN MÁS AMBICIÓN QUE SEGUIR VIVIENDO LEJOS DEL MUNDANAL RUIDO EN SUS ALDEAS SENCILLAS Y TRISTES, DONDE TODA LA VIDA CREYERON QUE LES ESPERABA LA MUERTE CUANDO FUERAN MUY VIEJOS

de una suave loma, que se salvarán de la inundación de la aldea. Después continúa el llano salpicado de tejados rojos, y otra vez el río se encrespa y embarulla al tomar la senda que tuerce hacia Montes Claros, donde unos frailes, vestidos de blanco, con la Virgen María, son los únicos habitantes del vergel. Por allí se cierra la depresión natural de la tierra, que continúa nundida hasta un pueblo de la provincia de Burgos que le llaman Arijá, y que parece, desde la carretera, una bandada de aviones descansando en el páramo de la Virga, siempre con niebla, siempre con frío, siempre húmedo hasta el confín. Y todo el paisaje de campo y de montañas, de casas aldeanas y de iglesias, con nidos de cigüeñas, de la noche a la mañana se habrá transformado en un inmenso mar de veinte kilómetros de largo.

Los hombres.

Viven allí hombres que apacientan rebaños de ovejas, y de caballos pequeños, y de yeguas de vientre, de las mismas que salen esas soberbias mulas que trabajan sobre las tierras de Valencia y de Murcia, en una labor tenaz, que no podrían resistir otros animales de peor raza que éstos. Los hombres gastan pantalones de pana, faja sobre el estómago, camisa sin corbata, chaqueta corta y sombrero de fieltro. Para resguardarse del frío se cubren las cabezas con las bufandas de lana de Palencia, que no se quitan del cuello hasta bien entrado julio. Tienen las manos sarmentosas, el vozarrón recio, la cara curtida por el aire fino de la altura, el continente firme y la conciencia honrada. Cuando lo requiere el tiempo son labradores que trabajan de sol a sol sin fatigarse, y cuando llega la nieve se recogen en casa a cuidar del ganado. En los días en que no se hablaba del pantano había fábricas de vidrio y minas de carbón en

el país, que ahora ha adquirido y desalojado la Confederación, y los mozos se ganaban su sustento también a la boca de los hornos y en las galerías negras y malolientes. Al presente, todo se reduce a lo apuntado, a oír misa los domingos y días de guardar y a echar un tute en la taberna en tales solemnidades. Estos hombres tranquilos, que nunca se metieron en política de altura, y que vivían en paz y en gracia de Dios, alzan ahora los puños mirando al río, que, ajeno a sus cuitas y cavilaciones, pasa cantando su canción de siempre.

El dolor.

Un hombre que había estudiado mucho, D. Manuel Lorenzo Pardo, concibió la colosal idea del pantano del Ebro y la de todos los de la Confederación. Se trataba de un plan maravilloso, merced al cual las aguas que se iban estúpidamente al mar habrían de aprovecharse en dar de beber a tierras que nunca habían podido apagar su sed: tierras esteparias y tristes, donde el cielo, implacable, no mandaba nunca una gota de agua; tierras que podrían resucitar entregando a la Patria sus frutos; tierras de bendición en cuanto sus entrañas saborearan las delicias de la humedad.

Pero aquéllas, que era la felicidad para los del llano, para los de la montaña era el dolor. Un cura enteco, alto, mimbrenño, con la color pálida y el gesto enérgico; un cura como aquellos que corrían por Vasconia y Guipúzcoa cuando la carlistada al mando de las partidas; un cura ejemplar, que en Requejo decía todas las mañanas del año la santa misa, fué el encargado de llevar a las aldeas la noticia fatal: aquellos campos que todos habían trabajado; aquellas casas, donde habían nacido los hijos; aquellos establos, donde mugían dulcemente las vacas que daban su leche a la prole; aquellos cemento-

rios sagrados, donde, al pie de la cruz, reposaban los cuerpos de los bisabuelos y de los padres de todos los hombres del país, iban a ser hundidos en el cieno, perdidos para siempre, bajo una inmensa ola devastadora...

Y el dolor entró en todos los hogares, donde un nuevo ángel exterminador había dejado su señal. Lloraban las mujerucas, apegadas al terruño de por vida; mujerucas de amplias faldas negras, de negro pañuelo a la cabeza que nunca habían disfrutado los goces que las ciudades reservan a otras mujeres; mujerucas que sólo supieron ser augustas creadoras de una raza cristiana a machamartillo y recia a fuer de vendavales y celliscas. Miraban al cielo los hombres en gesto amenazador y dolorido, y hasta los pequeños, al decirles que

unas carteras muy grandes. Y en otros empezaron a correr automóviles y más automóviles por la carretera, llevando a gentes extrañas, ingenieros que se habían aposentado en Reinosa para hacer las parcelaciones y dar a cada uno lo suyo.

La injusticia.

Pero ahí falló el plan. Los hombres de la llanada y los hombres del páramo se juntaron bajo las banderas que tremolaban en alto el cura de Requejo y Adolfo G. Castañeda, un señorito de Reinosa, escritor y romántico, que se puso en seguida enfrente de la injusticia. Y se formó una entidad con todos ellos que se denominó La Unión Campurriana, para defender los derechos de los labradores espoliados. Porque un espo-

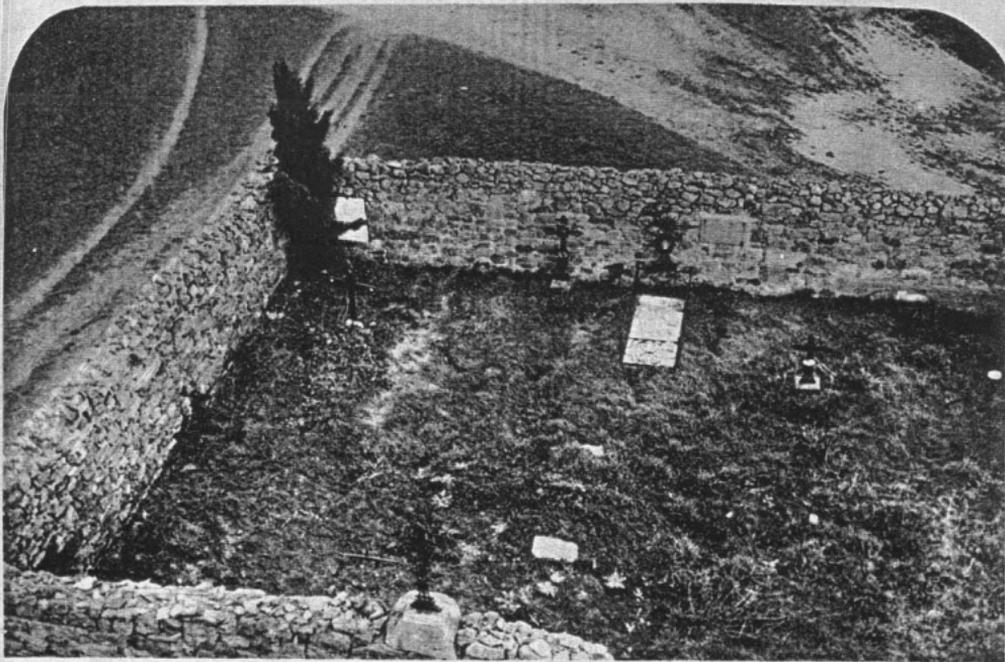


VISTO ESTE PUEBLO ASÍ, TAN TRISTE, TAN DESOLADO, TAN MISERABLE, CABE PENSAR QUE IGUAL SERÍA QUE SE LO COMIESE LA INUNDACIÓN; PERO NO LO ESTIMAN ASÍ LOS MORADORES, QUE LO PREFIEREN A TODOS Y QUE POR NADA DE ESTE MUNDO SALDRÍAN DE EL

tenían que irse de allí, se agarraban a las sayas de las madres y lloraban a lágrima viva, con sollozos que conmovían a las mismas piedras. ¡Bien se recreaba el dolor en aquellas familias aldeanas, que nunca habían hecho daño a nadie y que vivían allí desde los tiempos en que los cántabros luchaban contra Roma!

Y un día llegaron varios hombres, que medían los terrenos y tomaban notas en

lio era aquello de querer tomarles sus tierras con arreglo a una anticuada ley de expropiaciones, que nada tenía que ver con problemas de la envergadura de aquel en que había que indemnizar a los vecinos de más de una docena de pueblos que lo habían de perder todo. Total: que la Confederación se limitó a pagar algunas tierras insignificantes y algunas fuertes sumas a otras fuertes entidades, sin que por ello dejara el



ESTE CEMENTERIO ALDEANO, QUE NO TIENE PANTEONES NI TUMBAS LUJOSAS, ESTÁ LLAMADO A HUNDIRSE BAJO EL NUEVO MAR QUE INVADIRÁ A CAMPOO. CON EL DESAPARECERÁN TODOS LOS RECUERDOS QUE UNE A LOS HOMBRES A LA TIERRA

carro de atascarse en tales condiciones, que todavía no ha habido modo de sacarle del mal paso.

Hubo un gobernador que estudió a fondo el problema, y ese gobernador, que se llama D. Juan Diez Caneja, dió el problema resuelto a la Confederación; pero ésta no se avino a pagar por los desahucios las cantidades que los aldeanos reclamaban.

Luego hubo otros gobernadores—en Santander ha habido siempre diez gobernadores al año—, y los mismos obstáculos invencibles, que no impidieron el comienzo de las obras en algunas partes del futuro pantano, obras que continúan ahora en mayor proporción, para desviar un ramal del ferrocarril de la Robla, con objeto de dejar absolutamente libre la zona de embalse.

Ha pasado el tiempo, y los hombres del país desconían de todo. No han sembrado, como de costumbre, ante la inminencia de la expropiación, y han vendido sus ganados de cualquier modo para hacer frente a la situación difícilísima que se les ha creado con el cierre de las fábricas de la zona, adquiridas por la Confederación, por hallarse en sitios estratégicos del embalse.

Y la miseria ha entrado en los hogares, antaño prósperos y felices. El país se ha hundido en la ruina, y no hay nadie que le saque de ella. El ministro no se atreve a profundizar, y sólo advierte que no se

podrá pagar a los aldeanos lo que ellos exigen por sus menguados patrimonios. Y los aldeanos dicen, poniendo en sus gargantas, más que palabras, fuertes sollozos: “¿No es bastante nuestro sacrificio en pro de nuestros hermanos de allá abajo, para que todavía se nos exija que vendamos lo poco que tenemos por sumas que no han de bastarnos para aposentarnos en otra parte?”

En cualquier sitio del mundo, cuando se acometen obras de esta importancia, se piensa en seguida en una colonización de los perjudicados. ¿No se les quitan sus casas? Pues hay que darles otras casas parecidas en otros lugares análogos a los que desalojan. Hacer las cosas de otro modo es lo mismo que condenar a los aldeanos a andar errantes de un sitio para otro, hasta que, con el dinero que se les dé por lo suyo, puedan adquirir otras casas, y otros prados, y otras vacas, para seguir viviendo. Por eso el verdadero nudo del problema está en las indemnizaciones, que tienen que ser copiosas e inmediatas. Pagar las propiedades desalojadas con el importe de lo que puedan valer, según la ley que rige en la actualidad para las expropiaciones, es obligar a los sacrificados a morir de hambre, porque con el dinero que recogieran no podrían hallar nada parecido a lo suyo en ninguna parte.

El cataclismo.

España no sabe nada de este inmenso dolor, que nadie dulcifica ni a nadie preocupa, fuera de los que luchan por que no se haga con los infelices campurrianos una gran injusticia.

Un día llegará en que el río que ahora corre tranquilo por su cauce sienta que le han cerrado el camino. Primero se estrellará contra el obstáculo, y hasta hará lo posible por vencerle, acumulando masas de agua; pero en seguida, ante la barrera invencible, comenzará a expandirse y expandirse sobre los campos uberrimos, donde pacen mansamente las vacas rubias, y las yeguas de vientre, y las ovejas de vellón largo, y los potros de largas patas peludas. Y las bestias darán el aviso a los hombres y éstos saldrán de las casas con sus mujeres y con su prole, y querrán contener al río, que avanzará, suave e implacablemente, sin que nada ni nadie pueda evitarlo.

Entonces habrá voces de espanto, que las montañas reproducirán en muchas leguas a la redonda, y el agua continuará su obra devastadora, como quien no hace nada, subiendo por milímetros hasta entrar en las casas, ya abandonadas, donde quedará la cama del matrimonio, con sus viejas tablas carcomidas, y la cuna del niño, que huye en los brazos de la madre. Luego irá el río subiendo de nivel, y escalará los caminos, y después las lomas, donde están los cementerios, llenos de huesos de la formidable raza que corre en desbandada por las veredas de allá. Y el agua tamará las cruces, al pie de las que las madres rezaban las oraciones de ritual el día de Todos los Santos, en la tarde de helada que moría en un crepúsculo de arbol sobre las cumbres nevadas.

Frio, dolor, soledad, angustia en los pueblos inundados, que perecen para que otros pueblos resuciten. Las iglesias, donde se ce-

lebraron tantas bodas, y tantos bautizos, y misas mayores con los sacerdotes revestidos de oro, irán sumiéndose bajo la capa líquida, que seguirá aumentado de nivel según vayan pasando los días. Y al fin, una cruz, la más alta de todas, aparecerá como un naufrago en una isla, agitando al cielo los brazos.

Es que el cataclismo ya se ha consumado y no volverá a nacer allí una sola espiga de trigo ni una sencilla margarita...

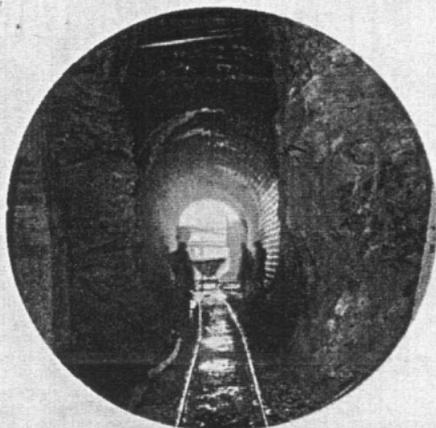
El éxodo.

Por las carreteras, horas y horas andando sin rumbo, marcharán las familias que el río echó de sus moradas. Delante de los cairos, donde irán emparejados los buyes de labor, marchará el padre con la aijada en alto, señalando el camino que nadie sabe a dónde conduce. Detrás marcharán los niños, y las abuelas, y las esposas; conduciendo los ganados, que se apretujarán en los callejos, como cuando van a la feria de Torrelavega o de Solares.

¡Hala! ¡Hala...! Todo, por la traza, parecerá una maldición del Señor sobre unos acongojados seres humanos. Como en las páginas bíblicas, los hombres marcharán empujados por una fuerza extraordinaria hacia tierras en que puedan volver a nacer la patata y la col. Nómadas modernos, los hijos de Campóo recorrerán España de Norte a Sur en busca del paraje que les acoja.

Y, entre tanto, el Ebro, convertido en un inmenso mar sobre las cumbres de Cantabria, obedecerá manso los órdenes de un hombre que habrá en una casa de máquinas y que, con solo mover determinada palanca, hará que el agua corra como un torrente inagotable de riquezas y venturas por las tierras de allá abajo, las que durante tantos siglos no tuvieron una sola gota de agua que les calmara la sed.

Ezequiel Cuevas.



OTRO DESAGÜE DEL PANTANO QUE SE ESTÁ CONSTRUYENDO EN CAMPÓO. LAS OBRAS VAN LENTAMENTE PRODUCIENDO ENTRE LOS OBREROS UN CONSTANTE MALESTAR QUE NADIE DULCIFICA. (FOTOS SAMOT)